

MALDITA YO ENTRE LAS MUJERES

De Mercedes Valdivieso

Editorial Planeta, Santiago, 1991. 144 págs.

Es considerable la atracción que ejerce sobre nuestra literatura doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, tal vez porque son escasos los caracteres de nuestra Colonia que superen lo convencional, y ciertamente por el hecho de ser mujer este personaje pasional como pocos, en su alta conjunción dramática de amores y odios.

Viniendo de la pluma de Mercedes Valdivieso, casi inútil resulta decir que este texto no es una biografía de la Quintrala, ni siquiera una biografía novelada, es simplemente una novela, una buena novela, que sería excelente de no mediar entre sus capítulos una excesiva homogeneidad que a veces deriva en cierta monotonía. Si bien la obra se atiene a los datos esenciales de la historia -tal vez deberíamos decir: del mito y la leyenda, pues la figura de la Quintrala es inseparable de su aureola legendaria-, lo cierto es que la autora ha procedido con suma libertad narrativa, y se ha tomado todas las licencias propias de una obra de ficción, que inventa caracteres, atmósferas, diálogos y episodios a granel, acomodando la indudable fidelidad histórica de su línea gruesa a los intereses superiores -propriadamente literarios- de una creación verbal.

El relato está narrado casi entero en primera persona por la propia Quintrala. El lenguaje, con cierta consecuencia esencial -no siempre rigurosa, sin amarras lingüísticas-, es arcaico y, a grandes rasgos, verosímil en la voz de la hablante y protagonista. El arcaísmo torna a veces oscuro el idioma, fuerza a leer dos veces para entender alguna frase, pero está muy bien trabajado: es grato de leer, como un idioma que no fuera el castellano y que uno dominara pero no del todo. En esa leve extrañeza está el encanto de esta buena prosa, cuyo aire barroco nos suena a mistraliano.

Sólo cuatro capítulos -que advierten al lector con un inicial *Dicen que*- están narrados desde una conciencia impersonal, no en primera persona por la Quintrala. La combinación de narradores no queda mal, y era muy necesaria para la claridad del relato. Forzar esa conciencia impersonal para endosar su voz a la protagonista habría sido una violencia inútil. Está bien así: la narración a dos voces queda unitaria.

La intención novelística que llamaríamos “antropológica” consiste en revelar a través del personaje una forma extraña de la femineidad, mestizaje de sangres europeas y autóctonas -casi amazonas-, donde lo bello y lo brujo y lo encantador y lo sangriento se funden en uno, y se transmiten por vía femenina, como si lo varonil fecundador fuera cosa de zánganos eventuales: “De mujer madre a mujer hija pasa la herencia que traemos”.

El más obvio de los muchos conflictos que cruzan esta novela se establece entre el machismo de la tradición colonial y el... no digo feminismo, pero sí el emblema de la Quintrala como mujer de armas tomar, que disfruta del concubinaje con su propia

sangre, y que comete parricidio, sacrilegio e incesto y queda impune. Lo de “maldita yo entre las mujeres” viene en cierta página a propósito de los deseos de la hembra, que gusta de bárbaros y, cuando se pasa a hombre blanco, elige al prohibido por razones de religión (y más tarde al prohibido por razones de sangre: siempre al prohibido). La Quintrala resulta un tanto hombruna en su desenfreno sexual, en sus crímenes, en su brutalidad. Por otra parte, aún allí donde no parece mujer, en el fondo lo es extrañamente, con la femineidad de lo “maldito”, y sobre todo de lo trágico femenino.

Ni qué decir tiene que, en esta novela donde todo es mestizaje, abunda el híbrido religioso: la devoción católica de raigambre barroca popular mezclada con los ritos oscuros de lo sagrado indígena, que con frecuencia toma la forma de mito y magia en torno a una mujer, Catalina, catalizadora de uno y otra: como su bisabuela, que “pasó por el bautismo la cabeza pero hasta ahí le llegó la fe, y se le quedó indio el sentimiento”. Reafirma esta presencia, junto a la Quintrala, su sierva indígena Tatamai, un muy logrado personaje que actúa siempre en el silencio de su raza y acompaña a su ama con sahumeros y ensalmos, cuando no con invocaciones al demonio. Curiosamente, la veta religiosa indígena tiene que ver con cierto feminismo, en cuanto la divinidad autóctona posee -a diferencia del Dios cristiano- el elemento femenino complementario, ya que la imagen de Genechén es más antropomórfica.

La novela, en todo caso está atravesada por el sincretismo religioso, y de uno y otro filón, el cristiano y el indígena, brotan a raudales las supersticiones que recorren este relato. De allí ciertos acentos de lo real maravilloso, que son discretos, y que por fortuna no evocan precedentes literarios ya demasiado manidos, como el de García Márquez, sino que entroncan directamente con las supersticiones que decía: hechizos, metamorfosis, profecías, apariciones, conjuros que tienen carta de naturaleza en la novela.

La autora ha forjado, en torno a su legendaria protagonista, un acertado amasijo de sentimientos heterodoxos. Estos son llevados a una intensidad trágica que se recorta con violencia sobre el trasfondo histórico de nuestra Colonia. La novela comienza y termina con el asesinato de Enrique Enríquez; entre ambos puntos transcurre, a la manera de un extenso *racconto*, el turbulento pasado de la Quintrala y de su estirpe. La intensidad trágica de esta historia dispensa a la autora -y al lector- de inútiles ambientaciones de época, con sus escenarios de utilería. No hay aquí ninguna complacencia en el pasado como tal, lo que se agradece, porque nada hay tan pesado en este tipo de novelas como la “reconstitución” de época. Lo colonial es aquí el lenguaje, y eso nos basta; lo demás viene por añadidura.

El único reparo mío se refiere a cierta monotonía del relato, que está relacionada con dos factores: por una parte, su lenguaje arcaico, tan logrado como está, se torna a ratos cansador y repetitivo de ciertas variantes sintácticas; por otra parte, la propia intensidad trágica del relato empareja demasiado los episodios, y les quita una organicidad en la que pudieran distinguirse momentos de suspenso y clímax. Aquí todo parece clímax, y los episodios, por extremos, se uniforman. La novela resulta *demasiado*

homogénea. Pero debe tenerse en cuenta que este defecto es, en el fondo, el reverso de su doble virtud: la de su parejo lenguaje, y la de su pareja intensidad dramática.

IGNACIO VALENTE

HISTORIA DE LAS RELACIONES CHILENO-BOLIVIANAS

De *Sergio Carrasco D.*

Editorial Universitaria. Coedición con la
Universidad de Concepción. 479 págs.

La historia de las relaciones chileno-bolivianas es el libro que en este acto tengo el honor de presentar, privilegio que he aceptado con placer. Está escrito por el distinguido catedrático Sergio Carrasco Delgado, profesor de Historia Constitucional de Chile en la Escuela de Derecho de la Universidad de Concepción, presidente de la Sociedad de Historia de Concepción y Académico de la Historia, correspondiente por Concepción, autor de notables obras sobre temas de su especialidad. Es una figura destacada de la historiografía chilena.

Para un penquista, que ha querido ser uno de sus historiadores regionales, presentar este último libro de Sergio Carrasco es un honor y un compromiso: sobre lo primero ya he expresado las causas, sobre lo segundo las paso a enunciar.

La Historia Diplomática es una especialidad que no es frecuente entre los historiadores: los severos discípulos de Clío se acercan a ella temerosos y como no son diplomáticos terminan por evadirla sin rodeos. Salvo ilustres excepciones no es frecuente encontrar historiadores dedicados a esta disciplina tan especializada y esquiva; en cambio lo es encontrar diplomáticos que se dedican a la historia. Pero a la historia de los países en que han ejercido su misión y que la han descubierto inmersa en su pasado arqueológico y monumental, en su hábitat, en sus razas y culturas. Tienen a mano las fuentes documentales en sus archivos y museos. Rara vez abordan la historia diplomática de estos países con su patria.

El buen diplomático no olvida su oficio y sobre los problemas difíciles dice menos de lo que piensa y piensa mucho lo que escribe. El historiador en cambio debe decir todo lo que piensa, sin ocultar nada. Al tratar de seguir esta última norma advierte el peligro de afrontar la Historia Diplomática.

Por eso dejo constancia de mis limitaciones para presentar un libro como éste de